

La Yacu Mana de la Amazonia

El día 4 de noviembre de 1972, el señor Otto Hoffmanssegg navegaba por el río amazónico Pañayacu, en Ecuador, junto a sus tres hijos, Klaus, Hermann y Hermelinda, más el indio Apolinario, un valiente y esforzado guía que conocía todos los caminos de la selva. Se dirigían a la misión Pamfília, admirada por sus blancas playas. Allí podrían cazar fácilmente las tortugas “motelos” y recoger los sabrosísimos huevos que se vendían a buen precio en el mercado de Puerto Orellana.

El viaje también lo aprovecharían para llevar provisiones al Padre Cesarín Santos, misionero Trinitiniano destacado en aquella misión tan alejada de las rutas comerciales. El Padre Cesarín tenía por compañeros a dos perros afectados de bronquitis severa y a dos puercos que respondían al nombre de Faustín y Faustillo, los cuales parecía que tuvieran noventa años y hubieran vendido su alma al diablo para obtener sabiduría. Ellos habían sobrevivido a las más terribles hambrunas del Padre Cesarín y a su intento de comérselos, pero ellas lo percibían y desaparecían por arte de magia. Solo reaparecían cuando el sacerdote había satisfecho su hambre con la ingestión milagrosa de algún alimento que aparecía por causa divina, no había otra explicación.

La Orden Trinitiniana había rogado en diversas ocasiones al Padre Cesarín que abandonara la misión, pues salvo cuatro indios despistados, en aquellas selvas no había almas que convertir. Pero el misionero se resistía diciendo que en cualquier momento aparecía el grueso de los Aucas, una tribu muy numerosa, y le sobraría trabajo y aún debería pedir ayuda misionera.

El responsable de la Orden era el Padre Walter Revilla. Sentía debilidad por aquel esforzado religioso que ya perdía el oremus y no atendía a razones objetivas. El Padre Walter estaba seguro que en cualquier momento su misionero sufriría algún accidente o enfermedad fatal y moriría sólo en la misión, como uno más de los perros o puercos que vivían con él. Y por esa razón encargaba a los cazadores que se adentraban en aquella región que llevaran provisiones al Padre Cesarín y comprobaran que se encontraba en buen estado físico, pues la salud mental ya estaba más que perdida.

Pero en aquella ocasión sucedió un hecho terrible, del cual tuve noticia de forma casual años después. Yo era párroco misionero, de sustitución, en la Misión Donjuan Tenorio, y me dirigía al Convento Doña Inés de Ulloa para confesar a sus sufridas monjas benditas. La distancia es muy grande y por tanto hice noche en la misión Trinitiniana de San Josepe de Manta. Allí vivía el Padre Cesarín, ya muy mayor, retirado de sus obligaciones sacerdotales tras cincuenta y cinco años de servicios ininterrumpidos en la selva. Durante la cena me senté a su lado y continuamente habló de Faustín y Faustillo y de aquella pobre Hermelinda, cuya llegada supuso el final de su misión en la selva amazónica.

Resulta que a la misión Pamfília llegó la barca que transportaba a los cinco viajeros, pero sólo Hermelinda iba en ella; no había rastro de su padre, ni de sus hermanos ni del indio Apolinario. El Padre Cesarín la vio blanca, sin expresión, despeinada, descompuesta y sin emitir sonido alguno. Tras días de delirio en los que el misionero la cuidó con esmero y le aplicó cataplasmas con hierbas curativas, la joven Hermelinda, no más de dieciocho años, recuperó el juicio.

Entonces pudo explicar, aterrorizada, que una bestia enorme estaba en el agua y golpeó con su cola la proa de la barca. Su padre y sus dos hermanos salieron volando y cayeron al agua. Y no pudieron salir de ella, pues aquel animal imponente, con toda seguridad una serpiente, entonces la vio con claridad, fue hacia ellos y los hundió en las

profundidades. El indio Apolinario cogió la escopeta y disparó sin freno contra aquella bestia asesina.

Hermelinda explicó que tras vaciar el cargador y reponer de munición la escopeta, ella vio cómo aquella gigantesca serpiente sacaba la enorme cabeza por detrás de Apolinario, lo enroscaba con fuerza y lo tiraba al agua. El indio quedó aprisionado sin poderse moverse, y antes de hundirse en el río miró a la muchacha y le dijo con esfuerzo que se marchara, que escapara de la bestia y explicara lo sucedido.

La chica quedó atenzada por el miedo, pero enseguida se dio cuenta que aquel ser infernal volvería a por ella. De un salto salió de la cabina de la barca, que la había protegido de caer al agua como ocurrió a su padre y sus hermanos. Se situó en la popa, agarró el motor con fuerza y se alejó a toda prisa de aquel siniestro lugar, sin pensar que la dirección escogida fue incorrecta. No debió dirigirse hacia la misión Pamfilia, sino todo lo contrario, pues si quería regresar a la civilización debería pasar nuevamente por la zona donde vivía el bicho asesino que a mató a su familia y al fiel Apolinario.

El Padre Cesarín la tranquilizó pero ciertamente le entró miedo en el cuerpo. Él ya no podía permanecer en la Misión, aquella muchacha debía regresar a su casa y era obligado avisar a las autoridades para que mataran al monstruo y se evitaran nuevas desgracias. El misionero ya había oído hablar de la Yacu Mana, la gran serpiente, pero nunca imaginó que pudiera ser tan grande¹. El sacerdote preparó cuatro cosas para el

¹ *Eunectes murinus*, conocida por los indios quechua como Yacu Mana (madre de los ríos) o Sucurijú en Brasil, es una serpiente anaconda, acuática, que puede alcanzar más de 12 metros de largo, 80 centímetros de circunferencia y un peso de más de 150 kilogramos. Sin embargo, hay diversos autores que aseguran haber medido serpientes mucho más grandes.

Uno de los primeros documentos, de finales del siglo XVI, pertenece a la Gobernación de Quijos, que ocupaba la parte alta de la región oriental del Ecuador, tras la cordillera de los Andes y hasta el primer puerto del río Napo. En ella se narra lo siguiente: "... yo enbie a prender a un delincuente a este río de Napo a seys españoles y un escribano que fueron y certificaron ver yr por el río nadando una culebra de mas de setenta pies (21 metros) de largo al parecer y que tenya conchas y la cabeza como un lebrél y con orejas y de gordor de un cavallo y le tiraron muchas piedras y no hizo dellas y se metió en un remanzo y se sumyo y admyrados dello preguntaron a los yndios que con ellos yban que hera aquello pues no lo avian visto otras bezes y ellos dixeron ser culebra y aver otras muchas de mayor grandeza que aquella era nyña y pequeña y aunque avian andado los españoles muchas bezes por ay y nunca avian visto tal ..."

Algunos exploradores, como Up de Graff, autor del famoso libro *Cazadores de cabezas del Amazonas* (1923) explica que se había encontrado con especímenes mayores de 20 metros en la amazonia ecuatoriana. El mayor Percy Fawcett, explorador inglés desaparecido en 1925 en la Serra do Roncador, en la región brasileña del Alto Xingu, cuenta en sus memorias que navegando en el año 1907 por el río Negro, vio una serpiente que tendría unos 19 metros de largo. El jefe de la tribu de los Yorongas le dijo que había matado a una anaconda de casi 18 metros de largo en el bajo Amazonas. Y la Comisión brasileña de Límites le había comentado que en el río Paraguay habían visto una serpiente que pasaba de los 24 metros de largo.

El Padre Victor Heinz, misionero alemán, tuvo dos encuentros con estas serpientes. El primero de ellos en el año 1922, cerca de Óbidos (Estado de Pará, Brasil), donde vio una enorme serpiente llevada por la corriente en la margen izquierda del río Amazonas. Tenía unos 25 metros de longitud y un grosor similar al de un barril de aceite. En el año 1929 volvió a encontrarse con otra serpiente gigante en el mismo río Amazonas, en la boca del río Piaba, cerca de Alemquer (Estado de Pará), a la que confundió con un enorme barco de vapor pues a unos metros por encima del agua se veían dos luces verde azuladas parecidas a los faros de posición de un barco fluvial. La luces eran dos ojos fosforescentes que se dirigían hacia su embarcación a una velocidad diez o quince veces mayor que la de una canoa. Afortunadamente, el monstruo esquivó la barca cuando parecía que iba a embestirles y se dirigió de nuevo al centro del río.

En el año 1933, los guardias aduaneros de Forte Tabatinga, junto al río Oyapock, en la frontera entre Brasil y la Guyana francesa, fueron atacados furiosamente por un monstruo al que mataron tras disparar

viaje y por supuesto embarcó a los dos perros y a los dos cerditos Faustín y Faustillo, no quería dejarlos solos a sus suerte.

El recorrido fue tranquilo durante las primeras horas. De pronto, Hermelinda reconoció el escenario y se puso a temblar. El Padre Cesarín la mandó dentro de la cabina y él se ató junto al motor de la barca por si atacaba la serpiente, que no saliera volando. El bicho apareció claramente a lo lejos. Nadaba tranquilamente a lo largo del río, con la cabeza ligeramente por encima del agua, mirando en dirección a la embarcación. Aquella bestia medía más de treinta metros de largo, probablemente cuarenta, y cerca de un metro de ancho. Y el sacerdote no se equivocaría mucho, estaba acostumbrado a medir los largos de su huerta.

La vibración del agua producida por el motor de la nave atrajo aquella bestia hacia ellos. Él dirigió la barca hacia la orilla, por si debían escapar por piernas, aunque en mitad de la selva, sin embarcación ni armas de fuego, no tendrían muchas opciones de supervivencia. El sacerdote intentó esquivar a la anaconda pero no lo consiguió. El lado derecho de la barca chocó con fuerza contra el animal, que se apartó ligeramente. Faustín y Faustillo cayeron al agua y los dos perros también, que nadaban y tosían repetidamente.

La serpiente se distrajo con tanto ajeteo y perdió de vista la embarcación, que fue controlada por el sacerdote y puso rumbo hacia Puerto Orellana. Con la cola, la serpiente golpeó a los dos perros y los hundió para siempre bajo las aguas. Los dos cerditos estaban tan tranquilos, chapoteando sin moverse ni a derecha ni a izquierda. El Padre Cesarín se alejó de la escena sin la menor intención de recuperar a sus mascotas. Ya actuaría el diablo, si quería, para salvarles la vida, él estaba seguro que le habían vendido el alma.

Pero parece ser que se trató de una venta insuficiente, pues aquella bestia enorme se dirigió con la boca abierta hacia Faustín y se lo tragó de un bocado. Entonces, Faustillo se alarmó, y con razón, y nadó desesperadamente hacia la orilla. Casi lo consiguió, hasta que la enorme serpiente emergió del fondo del río y se zampó a Faustillo con la misma facilidad que hiciera con Faustín. En aquel inmenso cuerpo cabían, como mínimo, dos puercos de cuarenta kilos de peso.

Hermelinda gritaba al Padre Cesarín que fuera deprisa, que aprovechara la ocasión para escarpas. Y bien que lo hizo, puso el motor a la máxima potencia y situó la barca en el

500 balas de ametralladora. La serpiente medía 40 metros de largo, 80 centímetros de diámetro y pesaba 500 kilos.

En el año 1948 fue muerta una serpiente anaconda en el río Guaporé (afluente del río Madeira), junto al Forte do Abunã (estado de Rondônia, Brasil). Medía 35 metros de largo, 75cm. de diámetro y 400 kilos de peso.

En 1953, en el Alto Amazonas, una expedición localizó y abatió a dos monstruosos ofidios que causaban terror en la región. Las fotografías, publicadas en el diario argentino "El Mundo", mostraban a los cazadores detrás del cadáver de una de las serpientes, cuyo grosor les llegaba a la cintura. Eso suponía un tamaño tan enorme que la cabeza de uno de esos monstruos alcanzaría unas proporciones superiores al tamaño de un hombre.

Y no son extraños los casos en que la serpiente ataca y se come algún ser humano. En el año 1969, el diario "Crónica" de Buenos Aires publicó que una anaconda se había tragado a dos hombres que se bañaban en el río Alto Madre de Dios, en la región selvática que constituye el límite fronterizo entre Perú, Bolivia y Brasil. Y el periódico "El Tiempo" de Bogotá informó, en el año 1999, que durante meses se había desatado el terror en el lago El Toro, cerca de Ibagué (Departamento de Tolima, Colombia, en la región Andina), pues seis pescadores habían sido comidos por una o varias serpientes.

centro del río. La serpiente les seguía, parecía que no hubiera comido bastante. Pero la velocidad de la embarcación fue suficiente, el sobrepeso de la serpiente no le permitía nadar con mayor. La embarcación cogió cada vez más distancia y finalmente el monstruo desapareció de su vista. Cinco horas después llegaron sanos y salvos a Puerto Orellana, Hermelinda sin familia y el cura sin mascotas.

Durante los días siguientes se hicieron batidas por todo el río Pañayacu, cazadores expertos y grupos militares, a bordo de lanchas motoras de grandes dimensiones y muy bien armadas, pero la anaconda no volvió a aparecer.

Quizá se escondiera en alguna laguna perdida, o quizá se indigestó con los dos puercos, que se alimentaban de porquerías y esto no favorecería una buena digestión a la serpiente.

El caso es que, a pesar de su empeño, el Padre Walter ya no permitió regresar al Padre Cesarín a Pamfília. En realidad, los Aucas nunca aparecieron por aquella remota región, así que el buen misionero no tuvo remordimientos por abandonar un posible rebaño pendiente de evangelizar. Y aquí se ha quedado quedó el sacerdote, en San Josepe de Manta, confesando a quien se presenta en el confesionario y cuidando de sus nuevas mascotas: dos perros que tosen y dos puercos con alma íntegra, pues el Padre Cesarín ya no ha sufrido más hambrunas.